

«TORQUEMADA» Y LA EXPRESION.

NOTAS A PEREZ GALDOS

A través de la serie de novelas que protagoniza *Torquemada* se observa en Galdós una preocupación viva por el modo de expresión de su personaje. D. Benito, en las partes narrativas, no suele abandonar el humorismo cuando hace observaciones relativas a los progresos lingüísticos que acompañan a *Torquemada* en su ascenso social (1).

En la novela que abre la serie, *Torquemada en la hoguera* (2), la figura del avaro ya se extasía ante las dotes oratorias de su amigo Bailón, el clérigo renegado que, en cierto modo, le sirve como modelo digno de imitar: "...se embelesaba oyéndole, y en todas las cuestiones de un orden elevado le tenía por oráculo" (pág. 32). El protagonista todavía no ha salido de los barrios del sur de Madrid donde ejerce de prestamista y su lenguaje es el que corresponde a su baja cultura (a la que se referirá en otros volúmenes y de la que, en cierto sentido, está orgulloso) y a su condición usuraria. Galdós no deja de destacar con el subrayado algunos de los términos que denotan la baja condición de su personaje, como el adjetivo *latero* que aplica a su amigo Bailón cuando éste intenta consolarlo por la enfermedad de su hijo Valen-

(1) Vid. M. BAQUERO GOYANES. *El mundo novelesco de Pérez Galdós*, en "H.^a Gral. de las literaturas hispánicas", Barcelona, 1969. Reimp. Vol. V, pág. 111; y R. GULLON. *Galdós, novelista moderno*, Ed. Gredos, B.R.H. Madrid, 1973, 3.^a ed., pág. 262.

(2) B. PEREZ GALDOS. *Torquemada en la hoguera*, 2.^a ed. Est. Tip. de la Vda. e hijos de Tello. 1898. Madrid. Todas las citas se harán por esta ed. y a ella se refieren los números de págs. entre paréntesis.



tín (pág. 40), o el adverbio *mismamente* (pág. 43), que será una de las primeras correcciones que haga luego. La exclamación que está en boca de Torquemada a lo largo del relato es *Puñales*, que en los demás volúmenes, cuando se inicia su proceso de refinamiento, se reducirá a *ñales*; también intercalará su típico *cuidado* cuando quiera hacer una salvedad en sus juicios.

En el 2.º volumen, *Torquemada en la Cruz* (3), vamos a presenciar el comienzo de la escalada social de Torquemada, que traba conocimiento primero y luego amistad con las aristocráticas y arruinadas señoras del Aguila, para contraer matrimonio con la más joven de ellas en el capítulo XV, casi al final del volumen.

Desde el comienzo, cuando lo encontramos en el duelo de su amiga y colaboradora doña Lupe *la de los pavos*, nos deja traslucir Galdós el valor que su personaje da al modo de expresión, y que llegará a alcanzar en el presente episodio proporciones insospechadas. Evocando a la amiga fallecida y sus virtudes, Torquemada no tiene más remedio que reconocer que "Doña Lupe, me acuerdo bien, decía *ibierno*, *ácido* y *Jacometrenzo*, palabras que según me ha advertido Bailón, no se dicen así (...). Yo estuve diciendo *diferencia* hasta el año 85... Pero para eso está el fijarse, el poner oído a cómo hablan los que saben hablar" (pág. 26). En estas mismas reflexiones, el tacaño muestra su inquietud ante la posibilidad de que se ríen de él y le "tomen el pelo" por su lenguaje inadecuado, siendo acaudalado y de los que pagan contribución.

Su encuentro con Cruz del Aguila está marcado ya desde el principio por cierto sentimiento de inferioridad del prestamista ante el "aspecto noble *hasta la pared de enfrente* y el *olorcillo de aristocracia* (pág. 16). Desde ahora reduce su exclamación a *ñales*. Cuando conversa con ella se refiere al "suplicio de *Tártaro*" a que lo había sometido doña Lupe con su última voluntad, con lo que vemos que, —aunque no distinga entre *Tártaro* y *Tántalo*— ya va haciendo progreso en su propia expresión. Otro término que incorporará a su repertorio es *peripeccia*, que aplica a la necesidad de visitar a las Aguila en su casa. Al principio prefiere gruñir a hablar, puesto que "el gruñido es más fácil"; luego confunde *ópticos* con *oculistas*; cuando la larga visita acaba se marcha con mucha intranquilidad porque no ha sido capaz de perdonar o rebajar los intereses del préstamo siendo él un "hombre *opíparo*, vamos al decir, opulento" (pág. 54); "llegaban a su nariz tufos de

(3) B. PEREZ GALDOS. *Torquemada en la Cruz*. Imp. de "La Guirnalda", 1893. Madrid. Todas las citas se harán por esta ed., y a ella se refieren los números de págs. entre paréntesis.



grandeza y de *caballería*, quiere decirse caballerosidad”, “pero del lenguaje de la generosidad no conocía ni de oídas un solo vocablo” (pág. 55).

El conocimiento de D. José Ruiz Donoso le impresiona grandemente; tanto que desde el primer momento decide imitarlo en todo; le sirven de modelo sus “galanas y señoras levitas, *herméticamente* cerradas (pág. 73), pero según Galdós “El estilo, o lo que D. Francisco llamaba *la explicadera* le cautivaba aún más que la ropa”. Las expresiones que utilizan en la conversación Cruz del Aguila y Donoso las va registrando en su memoria “para usarlas cuando el caso viniese”. El prestamista, acostumbrado a hacer sus cálculos, hace balance del vocabulario que había aprendido en su trato con doña Lupe y lo compara con el que está aprendiendo ahora, con gran ventaja para el último: “Ya sabía decir *ad hoc* (pronunciaba *azoc*), *partiendo del principio, admitiendo la hipótesis, en la generalidad de los casos* (...), *elemento tal, elemento cual...* (pág. 87). Ahora todo lo anterior, el medio en que vive, los amigos y lugares que frecuenta e incluso su hija y su yerno Quevedo le parecen “ralea indecente” y dice del último que es “uno de nuestros primeros cursis”.

Aunque Torquemada hace esfuerzos por avanzar en el difícil arte de hablar bien siempre le quedarán vestigios de sus hábitos: “¿Y a qué es *plantear esa cuestión?* Falta saber que *haiga* ángeles” (pág. 97), pronuncia *enizma*, y habla del *naufragio universal* refiriéndose al sufragio universal; o le pregunta impaciente a Donoso con cuál de las dos hermanas contraerá matrimonio: “¡Sí, con *cuála!* Sépalo yo con cien gruesas de demonios y con la Biblia en pasta” (pág. 132); al igual que intenta justificar el malestar de su flamante esposa el día de la boda con las siguientes palabras: “Eso no es nada, la *estupefacción*, la emoción, el calor... ¡Vaya que está haciendo un verano!... Dentro de dos horas no habrá quien atraviese la calle de Alcalá por la acera de acá, que es la del *solecismo*” (pág. 267).

En una de las conversaciones imaginarias que mantiene con Valentín, su hijo muerto, incluso éste le llega a corregir: “—*Partiendo del principio* de que sea quien tú crees... —No se dice así, papá. Se dice: *en el mero hecho...*” (pág. 113). El hombre acepta de buen grado las correcciones en este y otros casos, en su afán de mejorar su expresión; también había recogido la indicación de Cruz del Aguila: “D. Francisco, haga por perder la costumbre de decir *mismamente* y *ojo al Cristo*” (pág. 90).

En las reflexiones que hace sobre sus progresos usa consigo mismo todas las expresiones que ha ido aprendiendo, así lo hace en el capítulo XIV



y en el XVI: sopesando las posibilidades de que lo rechazara o aceptara la familia Aguila ya afirma tajantemente: "No se reirían, no, que gracias a su aplicación ya había cogido sin fin de términos y los usaba con propiedad y soltura. Sabía encomiar las cosas diciendo muy a cuento: *excede a toda ponderación*. Sabía decir: *si yo fuera al Parlamento, nadie me ganaría en poner los puntos sobre las íes*" (pág. 126).

Sus conversaciones y reflexiones están cada vez más empedradas de innovaciones léxicas: hace *manifestaciones*, *evacua* sus asuntos, revisa la *actitud*, reconoce el *período álgido* y la *máquina de probabilidades*, identifica siempre el fin u objeto con el *objetivo*. Aunque Cruz opina que hay posibilidades de reeducarlo puesto que él se muestra ávido (pág. 161) su hermano Rafael lo critica duramente y reniega de él: "Ya no escupe en el pañuelo, ya no dice *por mor* ni *mismamente* (...). Yo no lo acepto ni en basto ni en fino..." (pág. 206).

En el tercer volumen de la serie, *Torquemada en el Purgatorio* (4), Galdós inventa una sucesión de cronistas —a los que sólo había aludido vagamente antes, quizá por la baja condición social de Torquemada— que nos dan irónica y cumplida cuenta de las andanzas de Torquemada entre lo que ya se puede llamar buena sociedad. Después de su boda se ha trasladado a un buen piso de la calle de Silva, y la familia de su esposa, una vez rehabilitada por el dinero de Torquemada y el buen tino de Cruz, ha comenzado a relacionarse. Asistirá el lector al encumbramiento del tacaño y lo verá como senador primero y como marqués de San Eloy después. En esta carrera de ascenso social Torquemada sigue enriqueciéndose lingüísticamente y sigue causando la misma impresión de *fantoche* que había dado en el volumen anterior; la impresión es cada vez más acusada puesto que el desajuste con la realidad del personaje es cada vez mayor.

Su léxico se amplía, y muestra cierta tendencia a las locuciones tomadas del latín: *velis nolis*, *maximé* (sic), *sine que non* (que no tiene inconveniente en convertir en los momentos exaltados en *sine qua nones*), *sursum Corda*, *coram vobis*, *inter nos*, *desideratum*, *sui generis*, *Deus ex machina*, y otras muchas; meses después "aprendió D. Francisco dicciones muy chuscas, como *la tela de Penélope* enterándose del porqué tal cosa se decía, *la espada de Damocles*, y las *kalendas griegas*" (pág. 174), y los *tirios* y

(4) B. PEREZ GALDOS. *Torquemada en el Purgatorio*. Imp. de "La Guirnalda", 1894. Madrid. Todas las citas se hacen por esta edición, y a ella se refieren los números de las págs. que aparecen entre paréntesis.



troyanos que se multiplican por todo el volumen, o su referencia a los *Señores Galenos*.

Todo lo anterior no es obstáculo para que en cierta ocasión no pueda ver claro el significado de la palabra *clásico*: “¿Qué querrá decir esto de *clásico*? ¡Vaya unos términos que se traen estos señores! Porque yo he oído decir el *clásico puchero*, la *clásica mantilla*, pero no se me alcanza que lo clásico, hablando de versos o de comedias, tenga nada que ver con los garbanzos, ni con los encajes de Almagro” (pág. 23-24), como tampoco acierta a deducir el sentido de *romanticismo*, *emoción estética* o *realismo* “que aquí no es cosa del Rey ni Cristo que lo fundó (pág. 24).

Torquemada siempre se pone a salvo justificando su ignorancia, cuando la curiosidad puede más que el sentimiento de inferioridad y pide que le aclaren el significado de alguna palabra para él nueva; así lo hace cuando desconoce el valor de “mecenaz” que le han aplicado a él: “Perdonen ustedes mi ignorancia. Ya saben que yo no he tenido principios, y aquí para *inter nos* confieso mi desconocimiento de muchos vocablos que jamás usaron en los barrios y entre las gentes que yo trataba antes. Díganme ustedes qué significa lo que me ha llamado el boquirrubio ese, queriendo sin duda echarme una flor... Pues me ha dicho que soy su... Mecenaz...” (pág. 77-78). En otra ocasión se permite comentar con alguno de sus contertulios lo que le llama la atención en las reseñas periodísticas, sin inconveniente en caer en el ridículo: “Me sorprende que a los poetas se les den tantas denominaciones. Les dicen *vates*, les dicen también bardos. Crea usted que me he desternillado de risa leyendo un artículo que le dedican a ese chiquillo a quien yo protejo, y el condenado crítico le llama *bardo acá*, *bardo allá* (...). A los versos que ese chico compone los llamaría yo *bardales*” (pág. 176).

Los conocimientos culturales de Torquemada se van ampliando, según apunta Galdós, con la lectura, que le gusta saborear en solitario. Primero se trata de los periódicos, así *La Correspondencia* (pág. 13) y *El Imparcial* donde aprende “cosas muy chuscas” (pág. 88). Después tenemos noticias de que “Además leyó por entero *El Quijote*, que a trozos conocía desde su mocedad, y se apropió infinidad de hechos y dichos, como *las monteras de Sancho*, *peor es meneallo*, *la razón de la sinrazón*, y otros que el indino aplicaba muy bien, con castellana socarronería, en la conversación” (pág. 174). También se ilustra leyendo alguna otra “obra buena” como la Historia de España, y compulsando diccionarios y enciclopedias (pág. 239). Quizá se deba a su afición a la historia la frase que pronuncia al enjuiciar



la ciencia médica: "Porque yo soy el primero en *rendir parias* a la ciencia" (pág. 219).

Frente a esta inquietud, Galdós deja bien clara la incultura de su personaje en todo momento; pero en algunos con mayor comicidad para el lector. Así ocurre, por ejemplo, cuando al volver de veranear en Hernani, que le ha causado muy mala impresión, piensa: "Para miasmas, Hernani, que por ser cargante en todo, hasta tenía nombre de música. ¡Cuando se ha visto, Señor, que los pueblos se llamen como las óperas" (pág. 172). O cuando al oír hablar de la locura fingida de Hamlet "se quedó con la duda de quién sería aquel *Jamle*; pero no quiso preguntarlo, prefiriendo dar a entender que lo sabía" (pág. 175), y vuelve sobre ello en una conversación con su mujer, que le aclara que es el príncipe de Dinamarca, protagonista de una tragedia de Shakespeare, y dándose por enterado añade: "—¿De quién?... ¡Ah! el que escribió *el Sí de las niñas*" (pág. 190).

Torquemada es tan cuidadoso en su expresión que es frecuente que use parejas de sinónimos para hacerse comprender mejor por los demás, y sobre todo por sí mismo; entre el primer término, que cree culto, y el segundo, que lo aclara, intercala el término *vulgo*, aunque no siempre tiene una idea exacta de cuál de los dos es el término culto o el vulgar: "No hay derribo, *vulgo* ensanche" (pág. 102); "le encantaba principalmente la reina de las abejas, *vulgo* ministro" (pág. 114); "...la cabeza, *vulgo* región cerebral" (pág. 153); "no nos engañe con dedadas de miel, *vulgo* promesas" (pág. 171); "ya sabía yo que había de ser del sexo masculino, *vulgo* macho" (pág. 224); cansado de los sablazos que le dan en el Congreso "el mejor día tiraba el acta en medio del redondel, *vulgo* hemiciclo" (pág. 209); "negocio, *vulgo* actividad" (pág. 295). El hábito de su expresión más vulgar aparece en los momentos de exaltación, sobre todo ante los ataques pecuniarios de su cuñada; en estos casos llama *punto* o *peine* a cualquier persona, con más fuerza si está encumbrada, y exclama "con cien mil pares de Biblias" y "la Biblia en pasta"; defiende sus actividades y deseos recordando que "cada uno tiene su aquel y su *ideasingrasia*, como dice el amigo Zárate" (pág. 151), o se queja del mucho *humorismo* de la chimenea, como recuerda su cuñado (pág. 33).

Después de alguna intervención al parecer afortunada, en el Congreso, a la que sólo alude, el momento culminante de sus dotes de hablista —humorísticas en grado sumo para el lector— lo alcanza Torquemada en el discurso que pronuncia para agradecer a los del Bierzo el homenaje y el



banquete que le han dedicado por su labor para implantar el ferrocarril en aquella región. Galdós alardea de lo que es capaz de hacer su personaje que con enorme gracia no duda en salir airoso de los lapsus y equivocaciones que se van produciendo a lo largo de su alocución, que aunque es relativamente breve, tiene el espacio suficiente para recoger en su pintoresquismo los rasgos peculiares de la tan trabajosamente conseguida expresión de Torquemada.

Observamos su preferencia por comenzar los períodos con el verbo y el pronombre enclítico, lo que suponemos que desde el punto de vista del personaje les da una mayor cadencia oratoria; así "Háse dicho", "Cábeme la satisfacción", "Cúmpleme declarar", "Héme lanzado", "Hélas aquí". La utilización metafórica de "abrigar" (la idea), "acarrear" (desgracias), "orillar" (las dificultades), "labrar" (la felicidad), etc., son característicos del simpático avaro, así como el uso del verbo "evacuar" (resolver o dar salida) siempre aplicado a sus negocios; "castigar" (el presupuesto), "barrenar" (las leyes); y de "blasonar" (alardear o presumir) y "pulular" (abundar y prodigarse), utilizados con harta prodigalidad.

Las locuciones sustantivas siguen reforzando el tópico ya mostrado en la anterior reseña de verbos: "la línea de conducta", "el círculo de operaciones", "la serie no interrumpida de tareas económico-financieras", "los tirios y troyanos", "el bello ideal", "los dilemas, antinomias y maquiavelismos", "el lazo de unión", "el elemento privado" (vida familiar), "el punto de contacto", etc.

Los adverbios y locuciones con esta función apuntan en el mismo sentido: "de cerca ni de lejos", "eminentemente" (trabajador), "por excelencia" (artesano), "errada y torpemente" (que, según anota Galdós, son adverbios que pescó en el Senado), "por decirlo así", "a fuer de", "en el actual momento histórico", "detrás de la cortina" (calladamente), etc.

Son verdaderamente interesantes los adjetivos de este discurso por lo gratuitos; se nos presentan como adornos totalmente superfluos y desprovistos de valor significativo o expresivo. Su uso comienza con la gratitud de Torquemada que da a conocer su "expresión *sincera*" (sic) ante el homenaje; luego se refiere al "*augusto recinto*" en que se celebra el banquete, y tiene que aclarar a guisa de enmienda que lo llama augusto "porque en él se reúnen tantas eminencias científicas, políticas y particulares..." (pág. 299); otros adjetivos no lo comprometen en absoluto, como el de "veneradas creencias", "considerable modestia", "bello ideal", o el que se aplica a sí mismo: "refractario", y la locución "clásico trabajo". Sin embar-



go vuelve a aparecer el "hombre sin principios" cuando se ofrece incondicionalmente "en cualesquiera cosa que necesiten de mi modesto concurso" (pág. 304). La fascinación que sobre él ejerce el sustantivo *pábulo* le lleva a construir "eso sería dar *el mayor de los pábulos* a la vagancia" (pág. 296).

A veces consigue hacer verdaderos juegos de palabras, más o menos acertados en cuanto a su construcción y sentido, como el que sintetiza en "comer o no comer", referido a "*ser o no ser, como dijo el otro*". O el que leemos así: "Trabajar siempre, de *consumo* con nuestras necesidades, y con el *valioso concurso* de todos los elementos que concurren a nuestro lado" (pág. 299); y en "Son dos elementos que se completan, dos *objetivos* que vienen a concurrir en un solo *objetivo*; *objetivo*, señores, del cual tenemos una imagen en nuestras conciencias, pero que reside en el Altísimo" (pág. 295), ante la que Galdós se ve en la necesidad de hacer una aclaración a pie de página: se trata de "una frase tergiversada de otra que leyó el día anterior en un periódico".

Estos errores que Torquemada suele recomponer sobre la marcha de su discurso le hacen ser todavía más original cuando equivocadamente anuncia a sus oyentes que siempre tendrán sobre sus cabezas "la espada de Aristóteles": al instante se da cuenta de su lapsus, y lo arregla de forma muy airosa: explica que puesto que nadie sabe quién fue Damocles y para él Aristóteles es el hombre más grande de todos los tiempos "he decidido que la famosa espada sea de Aristóteles... vamos, que le armo caballero, porque es el hombre de mi devoción..." (pág. 299).

El afán de incorporar innovaciones en su lenguaje remite considerablemente en la novela que cierra la serie, *Torquemada y San Pedro* (5). Ya ha llegado a la cumbre de su escalada social y financiera; por una parte es senador y marqués de San Eloy, y ha comprado en una subasta el palacio de Gravelinas e importantes colecciones de obras de arte de todo género; por otra parte ha realizado fabulosos negocios que le han proporcionado beneficios pingües. En esta situación seguirá, naturalmente, usando lo que él piensa que son adquisiciones lingüísticas, conseguidas en las etapas anteriores; pero hay ciertas circunstancias que le hacen olvidar o relegar a segundo plano aquella preocupación por la corrección que había sido tan importante en volúmenes anteriores.

Lo que a Torquemada le parece despilfarro y tren desenfrenado de vida

(5) B. PEREZ GALDOS. *Torquemada y San Pedro*. Imp. de "La Guirnalda". 1895. Madrid. Todas las citas se harán por esta ed., y a ella corresponden los números de páginas que aparecen entre paréntesis.



marcado por su cuñada, crea una situación tensa y le hace estar excitadísimo con mucha frecuencia; la casi inesperada muerte de su esposa y la enfermedad que va demorándole a él y le impide ocuparse de sus negocios como quisiera, lo conducen a una crisis de humor que lo hace insufrible. Por otra parte, comienza a preocuparse por un “nuevo negocio”: el de su salvación eterna. Todas estas circunstancias dan un giro distinto a la expresión de Torquemada: ha perdido el recato y la compostura que determinaban su ansia de buen decir y de causar buena impresión: “no le daba el *naïpe por las finuras*” (pág. 19). Lejos de sentirse a gusto en su casa, encuentra alivio en la calle que, según dice varias veces, es su *oasis*. Todos los objetos valiosos, e incluso el palacio en que vive, son para él “una especie de *Américas* de subido valor” (pág. 47), y declara no entender de *monigotes*. La significativa mirada que lanza sobre un Prometeo de Rubens en el momento doloroso de la muerte de su esposa le resulta “la cosa más cargante del mundo, un tío muy feo y muy bruto, amarrado a una peña. Decían que era Prometeo, un *punto* de la antigüedad mitológica...” (pág. 122), y a continuación se indigna con una copia de la Dafne de Nápoles y desea romperla “para que aquella *pindangona* no le señalara más con su dedo provocativo, ni se le riera en sus barbas” (pág. 123). Le parecen fantasmas todas las imágenes de su palacio, “desnudas unas, otras mal vestidas con *sábanas o colchas* que poblaban salones y galerías” (pág. 112).

La expresión vulgar, airada y desenfadada, ocupa ahora el primer lugar: las *biblias*, las *malditas biblias*, las *biblias pasteleras*, las *santísimas biblias en pasta*, junto a su frecuentísimo *ñales* y *reñales* y algunos *cuernos* y *recuernos* saltan ahora de su boca con abundancia, y no sólo cuando reflexiona o habla en la intimidad familiar, sino también cuando conversa con el capellán Gamborena —al que nuestro hombre llama San Pedro—, o en sus conversaciones con el famoso doctor Miquis, al que se ve obligado a consultar.

Las relaciones con su cuñada Cruz hacen que se refiera a ella llamándola *esa* (pág. 18), o “esa arrastrada... cruz... Cruz” (pág. 215) cuando en su delirio la identifica con la cruz de Puerta Cerrada y pierde el control de sus facultades. La falta de afecto por esta mujer la manifiesta al lamentarse de que muera su esposa, Fidela, siendo más lógico que la señalada hubiera sido su hermana mayor: “una injusticia tremenda, que debiendo ser Cruz la condenada a *fallecer*, por razón de edad, y porque maldita la falta que hacía en el mundo, falleció la otra (...) ;qué pifia, Dios! Y a él no le fal-



raban agallas para decirselo en su cara al Padre Eterno, como se lo diría al Nuncio y al mismo Papa..." (pág. 117-118). El desdén por su cuñada le hace decir, al tratar de la pompa del entierro de Fidela: "Si tratáramos de enterrar (...) a mi ilustre hermana política, deberíamos hacerlo *a todo coste*, por aquello de *a enemigo que buye puente de plata*..." (pág. 128). Y en otra ocasión dice de ella que "su facultad *perorativa* vuelve loco al Verbo" (pág. 157).

Torquemada siempre declaró que él era un hombre amante de la ciencia, *científico*, pero ante la eficacia y poder de los médicos desconfía mucho, sobre todo de las eminencias, ya que piensa que lo único que quieren es explotar al paciente: "Ve que en esta casa hay trigo, y dice: aquí me dejo caer. No, no, fuera médicos ilustres..." (pág. 110); a pesar de que siempre acaba consúltándolos hay un momento de incertidumbre en que desea llamar al curandero de la Cava de San Miguel, y cuando él se encuentra enfermo aclara que no los necesita porque "yo sé más que todos esos *mata-sanos*" (pág. 143), y que "Lo que yo entiendo de castrar mosquitos entiende él de *Facultad*" (pág. 187). Con la muerte ya cercana llega a decir al doctor Miquis: "Por guardar la etiqueta... *científica* me tienen aquí con todo este aparato escénico, y régimen y biblias" (pág. 229). En uno de sus últimos arrebatos exclama: "¡Maldito médico! ¡Me está matando!" (pág. 278).

No es menos expresivo el lenguaje de Torquemada ante el dolor, tanto el moral —producido ahora por la muerte de Fidela—, como el físico, que inmediatamente después de enviudar le produce su enfermedad. El propio Galdós se permite remedar irónicamente el lenguaje de su criatura cuando da cuenta al lector del desmayo que sufre al conocer los pormenores de la muerte de su mujer: "estiró los brazos D. Francisco, y luego una de las *patas*, vulgo extremidades inferiores, cayendo redondo al suelo con un ataque espasmódico, semejante al que le dió al ver morir a su primer Valentínico" (pág. 127). En estas mismas circunstancias se hace un lío con el vocabulario, con lo que siente y lo que debe sentir, y ante las expresiones de condolencia y pésame de "sus amigos más o menos verdaderos" le oímos: "Agradezco estas manifestaciones... Pero no hay consuelo, ni puede haberlo... *Ataquemos*, digo acatemos los designios..." (pág. 135-136).

El ánimo y la fortaleza física del pobre Torquemada tras el duro golpe sufren daño considerable: "un mes de enfermedad *le costó la broma*, según decía, viéndose obligado a dar de mano en los negocios, y a cuidar tan



sólo de echarse *tapas y medias suelas* para poder continuar en sus trajines de acuñador de caudales” (pág. 142); a pesar de todos sus afanes, ya no vuelve a recuperarse, por el contrario “sus malas cualidades, la sordidez, la desconfianza, la crueldad con los inferiores, se acentuaron (...) Cuantos tenían que tratar algo con él eran unos ladrones; los ministros, bandidos...” (pág. 144). A la vez que su malestar va aumentando también su irritabilidad que, desde luego, se refleja en su lenguaje: “No hay gobierno aquí dentro, y los *órganos* hacen lo que les da la real gana (...) ¿Qué biblias tiene este cuerpo para no querer alimentarse? (...) pero bien podría encontrarse un específico que le pusiera las peras a cuarto al *órgano* éste, que me está dando la santísima, y haciéndome... ¡Ay, ay...” (pág. 184-185). Cuando siente que empeora, no puede reprimirse: “¡Vaya, que este retroceso de *ñales*...! Aquí hay engaño... No, pues lo que es yo, no me entrego... Que llamen a Miquis... ¡Menuda cuenta me va a poner ese danzante! Pero como no me cure, ya verá él... Ahí es nada lo del ojo...” (pág. 279).

Hay un personaje que tiene una influencia marcadísima sobre el ánimo de Torquemada en este último período de su vida: se trata del clérigo Gamborena, que se ha convertido en el capellán de la casa. Desde el comienzo del volumen Gamborena y Torquemada conversarán con cierta frecuencia; el avaro ve en el clérigo al personaje fascinante que de algún modo determina su vivir, como ya había ocurrido con Bailón —el clérigo renegado—, Donoso, Zárate, etc. Ahora ya no se ocupa de mejorar su lenguaje o de hacer un buen negocio financiero, sino que trata de negociar su salvación con este cura al que llama San Pedro. Tanto en la conversación como en la reflexión íntima a que Galdós nos tiene acostumbrados, la expresión gana en viveza con la excitación y el malestar. Así, ante uno de los ataques del capellán para que deseche el odio y la soberbia piensa: “A ver por dónde sale este tío”, y a las exhortaciones con que le incita a que haga las paces con su cuñada exclama: “—¡Dale, bola...!” (pág. 159). Siente gran admiración por él —el aspecto físico de Gamborena le recuerda a un pobre al que él socorrió y al que tomó por San Pedro—, pero le irrita que fomente y cuide la religiosidad de su cuñada; cuando delira en casa de Matías Vallejo todos le escuchan esto: “Oye... ¿cómo se llama ese marrano de clérigo...? el de las municiones, measiones, misiones o como quiera que se diga. Dime cuál es su gracia que quiero soltarle cuatro frescas... Entre él y la gata gazmoña de Gravelinas *concibieron el plan* de envenenarme...” (pág. 216). Hablando directamente a Gamborena, ya hubo otra ocasión en



la que él estaba muy enfadado porque “la misión del sacerdote es restregarle a uno la muerte por los hocicos”, aunque él declara “que como yo me plante en no morirme, no habrá *tu tía*: soy yo de mucho aguante y de una madera que no se tuerce ni se astilla” (pág. 182).

Su rebelión ante la muerte, ya expresada en el párrafo anterior, le hace, por ejemplo, emprenderla con el alma: “El alma se me quiere arrancar... ¡bribona!... ya sé lo que tú quieres, largarte volando, y dejarme aquí hecho un montón de basura. Pues te fastidias que no te suelto...! ¡No faltaba más sino que usted, señora alma, voluntariosa, hi de tal, pendanga, se fuera de picos pardos por esos mundos!... (pág. 280). Unos días antes le había dicho a su antiguo amigo Matías: “—No, pues lo que yo, no la entrego a dos tirones. ¡Biblias pasteleras!” (pág. 202).

A pesar de que en esta época de su vida Torquemada hace verdaderos esfuerzos por creer, no las tiene todas consigo: “Renegaba el tacaño de todo, de los amigos, y de la ciencia, de la fatalidad y de los llamados... *altos designios de... Quien quiera que fuese*” (pág. 111), o lo encontramos “*abrigando* mis sospechas de que lo mismo el Señor que los santos me tenían entre otros porque era un poquitín tirano para los pobres, se me ocurrió que variando la conducta y haciéndome compasivo, los *señores de arriba* se apiadarían de mi aflicción” (pág. 168), cuando recuerda el resultado negativo de su solicitud de misericordia en el momento angustiado de la muerte de su hijo.

Hay algo que Torquemada declara en uno de los últimos momentos en que, todavía con lucidez, disfruta en la taberna de Matías Vallejo, y que nos parece de suma importancia, pues es algo así como su certera definición: “Dame un platito de judías estofadas, ¡cuerno! que ya es tiempo de ser uno pueblo, y de volver al pueblo, a la Naturaleza, *por decirlo así*” (pág. 203). Y poco después agradece a las gentes del barrio que lo acompañen en su improvisada comida: “tengo verdadera satisfacción en sentarme en medio de vosotros (...). Yo no oculto mi origen. Pueblo fui, y pueblo seré siempre...” (pág. 208). Toda la complejidad del personaje, y sobre todo, sus humanísimas actitudes y miedos y dolores quedan resumidas en esa caracterización de *ser pueblo*. Este hombre del pueblo es el mismo que vimos en el primer volumen, aunque entonces su *sibila* era Bailón, clérigo renegado, y la muerte amenazaba a su hijo. Ahora su mentor es Gamborena, el beato misionero, y la muerte —después de arrebatarse a todos los seres queridos— se le presenta a él.

